

**Novena del Acordaos
a NUESTRA SEÑORA
DEL SAGRADO CORAZÓN**



"Nuestra Señora del Sagrado Corazón"
Santuario de Issoudun - Francia

NOVENA DEL ACORDAOS

Oración Preparatoria

Dios omnipotente, ante cuya soberana presencia dedicamos a María esta Novena bajo el excelso título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, derrama sobre nuestras almas tus más abundantes misericordias y abrásalas en el fuego santo de la caridad, para que nuestra devoción a la Purísima Madre del Verbo hecho carne, al paso que redunde en obsequio de Aquella que es Todopoderosa en sus súplicas al Corazón de Jesús, nos alcance su maternal protección, y sea poderoso auxilio que nos conserve en el camino del bien en esta vida, fuerte escudo que nos defienda contra los ataques de los enemigos de nuestra salvación y segura esperanza de la gloria que nos está prometida. Amén.

Día primero

Aquí nos tienes postrados ante Ti, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y bien sabes el motivo que nos hace dar hoy principio a esta Novena de preces. Somos débiles y venimos extenuados de fatiga, a hacerte presente el peso de nuestras penas, la dificultad de nuestras empresas, la gravedad de nuestras

luchas. Eres poderosa, María, y puedes venir en nuestra ayuda. Lo confesamos, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, grande fue el poder de Josué, maravilloso el de Moisés cuando hizo salir agua de la roca, sorprendente el de Elías haciéndose obedecer de los elementos; pero mayor aún, más admirable y más sublime, es el poder que te ha concedido el Corazón de tu Hijo, Jesús. Más noble que el de los Profetas, más duradero que el de los reyes, más sublime que el de los ángeles, más ilimitado que el de todos los espíritus celestiales, tu poder se extiende sobre todo el mundo. Una sola súplica salida de tus benditos labios, una sola mirada tuya, adquiere sobre el Corazón de tu divino Hijo, una influencia inenarrable. A la voz de su Madre Inmaculada, nuestro Soberano Juez perdona nuestros pecados y cierra el abismo de los infiernos abierto bajo nuestros pies; nos abre las puertas del Cielo, hace bajar sobre nosotros gracias saludables y nos alcanza todos los medios necesarios para llegar a la Patria bienaventurada de los elegidos. He aquí lo que me mueve, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, a acudir a Ti. El solo pensamiento de que puedes hacerme bien, me consuela y me fortalece. Tengo motivos de esperarlo todo de una Madre

que es al mismo tiempo, tan poderosa y tan buena.

Día segundo

María, para alcanzar una gracia, nos valen poco nuestros méritos porque son débiles, escasos y con frecuencia, están envueltos en nuestras faltas cotidianas. Es, pues, necesario, que elijamos una Abogada que pueda interceder por nosotros, delante de Nuestro Señor Jesucristo. Esta Abogada eres Tú, Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Hijos de Eva, desterrados, desgraciados, elevamos nuestros clamores a Ti. Suspiramos a Ti gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Abogada nuestra, vuelve a nosotros, esos tus ojos llenos de misericordia. Tú sola tienes más méritos que todos los Santos juntos; tu amor por nosotros, es inmenso; tu súplica es todopoderosa; tu petición, sin repulsa. ¡Ánimo, alma mía! La gracia que solicitas es preciosa, pero más preciosa es todavía la protección que te concede María. Échate en sus maternales brazos y dile: Madre mía, dignate venir en nuestra ayuda. A nadie veo más digno que a Ti de hablar al Corazón de Jesús (*San Bernardo*). No conozco misericordia superior a la tuya, después de la de Jesús, para que se encargue

de nuestros intereses y haga triunfar nuestra causa. Imploramos tu generosa asistencia, nuestra muy amada Soberana. Echa un velo sobre nuestras indignidades; cúbrenos, te lo suplicamos, con el manto de tus virtudes; vístenos con tus innumerables merecimientos. Te lo pedimos en nombre del amor ardiente que has profesado siempre a tu divino Hijo, en nombre de la devoción sin límites, que continuamente le has manifestado, y sobre todo, en nombre de la mucha parte que has tenido en las congojas y crueles amarguras de su Corazón.

Día tercero

¡Qué reino es nuestro corazón! La naturaleza y la gracia le cercan a su vez. El espíritu del bien y el espíritu del mal se lo disputan a porfía, pero nosotros somos únicos dueños de darlo a quien nos plazca. Sin embargo, infinitamente más apetecible es el Corazón de Jesús, ese vasto reino en donde habita el amor divino con sus infinitas misericordias. En Él se encuentran la justicia y la paz; las riquezas de la eternidad, en Él abundan; en Él florecen todas las virtudes; en Él se encuentran el Cielo y la tierra; en Él se dan el ósculo de paz, Dios y el hombre. Y María es la única que puede

introducirnos en ese asilo de la verdadera dicha. Tú tienes siempre un libre acceso a Él, Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Tú puedes alcanzar la entrada en Él para los que tu amor protege.

Madre muy amada, acuérdate de que somos tus hijos; que estamos bajo tu protección y queremos permanecer contigo en el reino del eterno Amor; y míranos hoy humildemente postrados a tus pies, para pedirte una nueva prueba de tu maternal y augusta liberalidad.

Celeste Tesorera del Corazón de Jesús. Tú eres rica y nosotros somos pobres; Tú todo lo tienes, y nosotros no tenemos nada. Viéndonos postrados ante Ti, ¿permanecerás insensible a nuestros gemidos? ¿Será inútil que permanezcamos cerca de Ti y que llamemos a la puerta del Corazón de tu divino Hijo? ¿Por ventura, no eres la Madre de Misericordia?

No tengas a menos socorrer a hijos que gimen bajo el peso de tantas tribulaciones, líbralos de tantos males como les afligen y aparta de ellos los ataques de su infernal enemigo.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón, que tu virginal manto cubra siempre a tus hijos; guárdalos, son tuyos para siempre.

Día cuarto

Cada día, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, torrentes de gracias se derraman por tus manos, en todo el mundo. Gracias de conversiones, de perseverancia, de martirio, de apostolado, de resistencia a las tentaciones, de generosidad en el servicio de Dios. Gracias de oración, de virtudes, de consuelos, de socorros, de arrepentimiento, de fervor. Gracias para cada instante de la vida, para cada circunstancia dichosa o desgraciada, para cada dificultad. Y todas estas gracias espirituales o temporales, salen juntas del Corazón de Jesús, del Corazón de tu divino Hijo. Hace muchos siglos que esta fuente perenne no cesa de manar esas maravillosas aguas que refrescan y apagan la sed de las almas, que fortalecen toda flaqueza, curan toda languidez, quitan el gusto de los falsos placeres de aquí abajo y dan la sed de los verdaderos bienes del Cielo. Hasta el fin de los siglos, esta fuente que nadie puede agotar, y que parece hacerse cada día, más caudalosa, derramará por todas partes, con profusión, las riquezas de la vida. Los fieles oirán siempre a Jesús que les dice, mostrándoles su Corazón: "Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba". Y ¿dónde está el acueducto admirable que pone a las almas sedientas en comunicación

con esta fuente de delicias? ¿Qué mano ha recibido la dulce misión de dirigir esas aguas bienhechoras y velar con preferencia, para que las tierras más incultas, las almas más atribuladas, los corazones más enfermos, las reciban y encuentren su paz? Eres Tú, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la que puedes abrir a tu gusto el Corazón de Jesús, dispensar sus gracias y colmar a tus hijos de sus más preciosos favores. ¡Cómo me alienta y regocija este pensamiento!

Día quinto

Amarte, Dios mío, y ser amado por Ti, es en verdad, la única cosa necesaria. Amarte es darte con alegría, enteramente y para siempre, todo lo que somos y cuanto poseemos: Nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra voluntad, nuestro porvenir. Ser amado por Ti, es ser prevenido por tus gracias; ser enriquecido con tus beneficios; ser llamado a tu eterna herencia; ser consumido en la unión contigo, y ser transformado en Ti, para no formar más que un solo corazón. Superando todos los obstáculos, traspasando todos sus límites, sustrayéndose a toda medida, esos dos amores más fuertes que la muerte, han llenado al mundo de los más admirables

prodigios. El amor que nos tienes ha inventado el pesebre, la cruz, el altar. El amor que nos inspiras ha inventado la virginidad, el apostolado, el martirio. Los dos han llegado ya hasta los últimos sacrificios; ambos prosiguen no obstante, su generosa lucha, siendo la admiración de los ángeles y de los hombres. Como nueva prueba de tu infinita caridad, Jesús, nos muestras ahora mejor que nunca, tu Corazón con todos los tesoros de amor que encierra, pero quieres transmitirlos por las manos de María. Eres Tú, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la que nos comunicarás este brillante testimonio de las bondades divinas. En tus manos iremos también nosotros a depositar nuestro corazón, para que lo ofrezcas de nuestra parte, a tu divino Hijo. Mas, para que alcance la gracia de amar a Dios un pecador como yo, necesita, sobre todo, los tesoros de la Divina Misericordia. Tengo grandes deudas que pagar, mis faltas son muchas, me hallo desfallecido en el camino de la vida, desnudo de méritos, debilitado por el mal, soy con frecuencia, víctima del demonio. Ante todo, Madre mía, alcánzame la clemencia del Corazón de Jesús y derrama sobre las llagas de mi alma, el bálsamo que Él te ofrezca. Me ha perdonado ya tantas veces,

que siento temor y vergüenza al tener que pedirle un nuevo perdón. Tú dispones de ese Corazón, en el que se encierran los tesoros de la misericordia. Espero, por tu intercesión, alcanzar para mí y para los pecadores, por quienes me intereso, la gracia de una sincera y duradera conversión.

Día sexto

El camino del Cielo es estrecho, está cubierto de abrojos y de espinas, sembrado de rocas, rodeado de precipicios sin fondo, infestado de ladrones que detienen y despojan a las almas. Es difícil conocerlo y costoso subir por él. ¡Desgraciado del que lo emprende solo, sin defensa, en medio de las tinieblas del pecado! ¡Desgraciado del que, para hacer esta gloriosa, pero difícil peregrinación, no se provee de un buen guía, de una luz segura, de un arma poderosa! Camina indefectiblemente a su perdición y es incapaz de conquistar el Reino de los Cielos. Para evitar tal desgracia, mi amada Soberana, yo busco y encuentro en Ti todos los medios que me son necesarios. La luz te rodea como un manto, el Sagrado Corazón de Jesús es esa luz resplandeciente, y a tu maternal poder pertenece hacer llegar hasta nosotros, sus más suaves rayos.

Ilumínanos, María; danos a conocer el camino que debemos seguir, las súplicas que debemos hacer, los peligros que debemos evitar.

Haz que conozcamos nuestras miserias, para que las lloremos; las grandezas de Dios, para que las adoremos; las bondades del Corazón de Jesús, para que las amemos; tu solicitud tan llena de ternura para con nosotros, para llevarnos a una justa y perseverante confianza. No te contentes, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, con mostrarnos el camino, sé también nuestra guía. Jesús irá contigo. En su Corazón, que nos mantendrás siempre abierto, encontraremos armas para pelear victoriosamente contra los más crueles enemigos de nuestra salvación.

¡Nuestra salvación, Madre mía! Cuando pienso que puedes alcanzar para mí y para todos los que quiero, esta gracia de gracias, olvido todas las demás.

¿De qué nos servirían la ciencia, la salud, el feliz éxito en nuestras empresas, el término de nuestras pruebas y hasta los mismos consuelos de la piedad, si no hubiéramos de morir, por fin, con la muerte de los justos, y si nuestros últimos instantes no hubieran de ser semejantes a los de los Santos?

Día séptimo

Aunque fuese yo el único que te dirigiese mi súplica, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la vista de mi fragilidad, de mis faltas, de mis ingratitudes, no sería suficiente para destruir la filial confianza que tengo en Ti. Cerraría los ojos sobre mi indignidad y la súplica de mi alma llegaría hasta Ti. Pero estoy muy lejos de encontrarme solo invocándote. Dichoso miembro de esta piadosa y amada Asociación, que te invoca bajo el hermoso título de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Tengo millares de hermanos y hermanas que ruegan conmigo y por mí. Militan en este ejército de cristianos consagrados a tu gloria, muchos santos y obispos, misioneros y sacerdotes, congregaciones religiosas, fieles de todas las edades y de todo mérito; y esta gran familia constituye un solo corazón y una sola alma. Todas las intenciones están unidas y cada uno ruega por las intenciones de todos. Te ofrezco, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, las oraciones de tantas almas fervorosas y, en consideración de sus virtudes, te suplico me concedas el favor que solicito...

Si nunca hubieras atendido a los pecadores, mi buena Madre, sería grande mi temeridad en presentarme ante Ti. Hay sin embargo algo

que me movería a hacerlo sin temor... Pero más fácil sería contar las arenas de una playa, que calcular el número de pecadores favorecidos por tu protección y atendidos en sus ruegos. ¿No comprobamos Nuestra Señora del Sagrado Corazón, la prontitud con que nos colmas de bienes en tu amada Asociación? ¡Cuántas acciones de gracias suben diariamente hacia Ti de entre nuestros hermanos! ¡Cuántas curaciones consideradas imposibles! ¡Cuántas conversiones que parecían desesperadas! ¡Cuántas pruebas auténticas de estas maravillas en tus Santuarios, como testimonio de reconocimiento! Tú no quieres, María, que te invoque en vano, sino inducirme a darte gracias y mostrarme, una vez más, que eres verdaderamente Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

Día octavo

Es muy poderosa María sobre el Corazón de su divino Hijo para que no pueda alcanzarme la gracia que le pido. Roguémosle, pues, que hable por nosotros al Corazón de su Hijo, como nos lo aconseja San Bernardo: «Sí, ciertamente, María, a Ti toca hablar a ese Corazón, a Ti que tienes en Él un fiel corresponsal; quiero decir, al amor filial, que se adelantará a recibir

al amor materno y prevendrá sus deseos.» ¿Podrás temer desaire alguno cuando hablas al Salvador? Su amor intercede en nuestro favor, su misma naturaleza lo solicita por nosotros; se accede fácilmente a los ruegos cuando se está ya vencido por el amor. Dice San Bernardo: «María habla siempre con eficacia, porque habla a un Corazón ya ganado enteramente, porque habla a un Corazón de Hijo...». Digamos con Bossuet: «Intercede por nosotros, Bienaventurada María, Tú que tienes en tus manos, sí, me atrevo a decirlo, la llave de las bendiciones divinas. Tu Hijo es esta misteriosa llave con la que se abren los tesoros del Padre Eterno».

No, no puedo recibir desaire porque el asunto por el que acudo a Ti, es importante, difícil, desesperado, no tiene otro recurso sino tu poder. María, mi soberana, te suplico por lo que más amas, que me alcances del Corazón de Jesús la gracia que solicito.

Día noveno

Me postro a tus pies, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, para dar fin a mi Novena de preces, y siento la necesidad de darte las gracias, aun antes de conocer el resultado de mis súplicas. La paz que experimento, la

esperanza que va aumentado en mi alma, el amor más ardiente que por Ti siente mi corazón, me hacen creer con razón, que no he solicitado en vano tu auxilio. Has querido darme una nueva prueba de tu amor; seas por ello mil veces bendita, la mejor de todas las madres, la más poderosa de todas las reinas. Si como lo espero, mi súplica es hoy atendida, nada será capaz de silenciar mi reconocimiento y el sentimiento de un vivo gozo; publicaré tus alabanzas y diré muy alto, que el medio más seguro para alcanzar la gracia es dirigirse a Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y que es preciso acudir con toda confianza, a ese trono de la eterna misericordia. Si el favor que imploro es diferido por algún tiempo, lo esperaré con paciencia, sin cesar de pedírtelo; lejos de desalentarme, renovaré cada día con más ardor mis súplicas, porque espero siempre en tu bondad y porque Tú sabes mejor que yo, la hora y el momento en que me será más útil recibir el objeto de mis deseos. En fin, si Dios quiere permitir que la gracia que pido me sea cambiada por alguna terrible prueba, o por algún sacrificio no esperado, entonces, sobre todo, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, tendría yo más necesidad de tu ayuda, para que renovaras en mí el espíritu

de fe y de resignación cristiana, y me hicieras comprender que este misterioso proceder de la Providencia, se dirige a un bien mayor. Mi celestial Protectora, he obrado contigo como un niño con su muy amada madre; te he dado a conocer mis padecimientos y mis temores, mis penas, mis tentaciones, mi fragilidad, mis riesgos. Me echo en tus brazos, me entrego a Ti, sé muy bien que no me dejarás perecer. Nuestra Señora del Sagrado Corazón, te suplico de nuevo oigas mi plegaria y me concedas todas las gracias que he solicitado durante esta Novena. Extiende tu protección sobre mí y sobre todas las personas que tantas veces te he confiado. Alcánzanos del Corazón de Jesús la dicha de amarle aquí en la tierra y de reinar con Él, en el Cielo.

Acordaos, ¡oh Nuestra Señora del Sagrado Corazón!./ del inefable poder que vuestro Hijo Divino os ha dado sobre su Corazón adorable./ Llenos de confianza en vuestros merecimientos,/ acudimos a implorar vuestra protección./ ¡Oh celeste Tesorera del Corazón de Jesús,/ de ese Corazón, que es el manantial inagotable de todas las gracias,/ y el que podéis abrir a vuestro gusto/ para derramar sobre los hombres,/ todos los tesoros de amor y de misericordia,/ de luz y

de salvación que encierra!/ Concedednos, os lo suplicamos, los favores que solicitamos./ (...)

No, no podemos recibir de Vos desaire alguno/ y, puesto que sois nuestra Madre,/ ¡oh Nuestra Señora del Sagrado Corazón!./ acoged favorablemente nuestros ruegos y dignaos atenderlos. ¡Así sea!/

¡Nuestra Señora del Sagrado Corazón,
ruega por nosotros! (3 veces)

